

(Era un hombre desnudo que hablaba y hablaba. Un hombre verdadero sobre su silla de metal. No se parecía a ninguno otro, pero era como todos, palabra tras palabra, gesto detrás de cada gesto, voz tras voz. Las palabras las mismas, las costum bres las mismas, lo que sabía lo mismo. Era como todos, el hombre que hablaba sobre su silla de me tal.

Entenderle le entendían todos, sabían lo que que ría decir, y si estaba callado entendían su si- lencio.

Riendo, se sacó un ojo con leve gesto, el ojo de recho, y lo mostró.)

Hombre de la silla.—Todos nos damos cuenta de que este ojo, precisamente este ojo mío, no sirve para nada. ¿Qué se puede hacer con un ojo derecho? ... ¿Para que sirve fuera o dentro de su cama acolchada y caliente? Observa el pequeño mundo que las paredes le permiten, todo lo contempla desde dentro, a nada llega, nada importante es ca- paz de captar. Es un instrumento maravillosamente delicado y sensible, pero no sir ve para nada. Curioseosa, vigila, mide, contempla, pero a nadie, al menos no a mi, le dice gran cosa de sus variados análisis de la realidad. Si quiero saber por qué es capaz de vigilar, qué significa lo que vigila, qué descubre, qué germina en su interior ¿me dice algo? ... No sirve, ya lo veis, para nada, no me importa despren derme de él. Lo regalo, lo tiro, lo canjeo, como queráis ...

(Y soltándolo, los chiquillos corren, ojo adelan te)